

Histórico discurso de Su Santidad Pablo VI en la O. N. U.

Su mensaje en favor de la paz,
fuente de enseñanzas para el futuro

DESPUÉS de los viajes a Palestina y la India, dadas las difíciles circunstancias por que atraviesa el mundo, Su Santidad Pablo VI, el pasado 4 de octubre cruzó el Atlántico, para dirigir al mundo, ocupando la tribuna de Asamblea General de las Naciones Unidas, un histórico mensaje a favor de la paz, cuyo texto ofrecemos íntegro.

El mensaje pontificio ha tenido una profunda repercusión internacional y ha constituido una ratificación moral y solemne de la alta institución de la O. N. U. Puso de relieve que las soluciones entre los pueblos deben regularse por la razón, por la justicia, el derecho y la negociación y no por la fuerza.

“En el momento de tomar la palabra ante este auditorio, único en el mundo, queremos expresar, en primer lugar, nuestra profunda gratitud al señor U Thant, vuestro secretario general, que nos ha invitado a efectuar esta visita a las Naciones Unidas con motivo del vigésimo aniversario de esta institución mundial para la paz y la colaboración entre los pueblos de toda la Tierra.

Gracias también al señor presidente de la Asamblea, señor Amintore Fanfani, que desde el día en que tomó posesión de su cargo ha tenido para Nos palabras tan amables.

Gracias a todos vosotros, aquí presentes, por vuestra benévola acogida. A cada uno de vosotros presentamos nuestro saludo cordial y deferente. Vuestra amistad nos ha invitado y nos ha admitido a esta reunión. Es como amigos como Nos nos presentamos ante vosotros.

Además de nuestro homenaje personal, Nos os traemos el del Segundo Concilio Ecuménico Vaticano, actualmente reunido en Roma y del que son eminentes representantes los cardenales que nos acompañan.

QUEREMOS PODEROS SERVIR CON DESINTERES, HUMILDAD Y AMOR

En su nombre, como en el nuestro, salud y honor a todos vosotros. Este encuentro, como muy bien sabéis, reviste un doble carácter: está impregnado a la vez de sencillez y de grandeza. De sencillez porque quien os habla es un

hombre como vosotros; es vuestro hermano, incluso uno de los más pequeños de entre vosotros, que representáis a Estados soberanos, porque no está investido —si queréis considerarnos bajo este punto de vista— más que por una minúscula y casi simbólica soberanía temporal; el mínimo necesario para poder ejercer libremente su misión espiritual y garantizar a quienes tratan con ella que es independiente de cualquier soberanía de este mundo. No existe ninguna potencia temporal, ninguna ambición de entrar en competencia con vosotros. De hecho no tenemos nada que pedir ni ninguna cuestión que plantear. Tan sólo un deseo que formular, un permiso que solicitar: el de poderos servir en lo que es nuestra competencia, con desinterés, humildad y amor.

Esta es la primera declaración que Nos vamos a hacer. Como véis, es tan sencilla que puede parecer insignificante a esta Asamblea, habituada a tratar cuestiones extremadamente importantes y difíciles.

Y por ello Nos os lo decimos y vosotros lo sentís todos, este momento tiene una singular grandeza, es grande para Nos y grande para vosotros.

Para Nos, en primer lugar. Vosotros sabéis muy bien quién somos. Y cualquiera que sea vuestra opinión sobre el Pontífice de Roma, conocéis nuestra misión: somos portadores de un mensaje para toda la humanidad. Y lo somos no solamente en nuestro nombre personal y en nombre de la gran familia católica, sino también en nombre de los hermanos cristianos que comparten los sentimientos que Nos expresamos aquí y especialmente de aquellos que han querido explícitamente encargarnos de ser un intérprete. Y como el mensajero que al término de un largo viaje entrega la carta que le ha sido confiada, Nos tenemos conciencia de vivir un instante privilegiado —por breve que sea— en que se cumple un deseo que llevamos en el corazón hace casi veinte siglos. Sí, acordaros. Estamos en camino desde hace mucho tiempo y traemos con nosotros una larga historia: celebramos aquí el epílogo de una laboriosa peregrinación en busca de un coloquio con el mundo entero desde el día en que se nos ordenó: "Id, llevad la buena nueva a todas las naciones". Pero sois vosotros quienes representáis a todos las naciones.

Permitidnos que Nos os digamos que traemos un mensaje para todos vosotros. Sí, un feliz mensaje para entregar a cada uno de vosotros.

UN MENSAJE VUELTO HACIA EL FUTURO

1. Nuestro mensaje puede ser, en primer lugar, una ratificación mora! y solemne de esta alta institución. Este mensaje procede de nuestra experiencia histórica. En calidad de "experto en humanidad" Nos aportamos a esta organización el sufragio de nuestros últimos precesores, el de todo el episcopado católico y el nuestro, convencidos como estamos de que esta organización representa el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial.

Al decir esto, Nos tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos como la de los vivos: de los muertos caídos en las terribles guerras del pasado, soñando en la concordia y la paz del mundo; de los vivos, que han sobrevivido a las mismas y que condenan en sus corazones a quienes intentaran renovarlas. También de otros vivos: que avanzan confiados esperando con derecho una humanidad mejor.

Hacemos también nuestra la voz de los pobres, de los desheredados, de los

desgraciados, de quienes aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso. Los pueblos se vuelven hacia las Naciones Unidas como hacia la última esperanza de la concordia y de la paz.

Nos nos atrevemos a traer aquí, con el nuestro, su tributo de honor y de esperanza. Y he aquí por qué para vosotros también es grande este momento.

2. Nos sabemos que vosotros estáis plenamente conscientes de ello. Escuchad, pues, a continuación nuestro mensaje. Todo él está vuelto hacia el futuro. El edificio que habéis construido no debe jamás caer en ruinas. Debe ser perfeccionado y adaptado a las exigencias que la historia del mundo presentará. Vosotros determináis una etapa en el desarrollo de la humanidad: en lo sucesivo, al ser imposible ir hacia atrás, será necesario avanzar.

QUE LA CONFIANZA NUESTRA NO SEA NUNCA DEFRAUDADA Y TRAICIONADA

3. Nuestro saludo va mucho más lejos aún, y nuestro mensaje avanza con él. Vosotros existís y trabajáis para unir a las naciones, para asociar a los Estados, Adoptemos la fórmula: para unir los unos con los otros vosotros sois una asociación, un puente entre los pueblos. Sois una red de relaciones entre los Estados. Casi estamos tentados a afirmar que vuestra característica refleja de algún modo en el orden temporal lo que nuestra Iglesia católica quiere ser en el orden espiritual: Única y universal. No se puede concebir nada más elevado, en el plano natural, en la construcción ideológica de la humanidad. Vuestra vocación es hacer fraternidad, no a unos pocos pueblos, sino a todos los pueblos. ¿Empresa difícil? Sin duda alguna. Pero ésta es la empresa, ésta es nuestra noble empresa. ¿Quién no ve la necesidad de llegar así progresivamente a la instauración de una autoridad mundial que esté en condiciones de actuar eficazmente en el plano jurídico y político?

Una vez más repetimos nuestro deseo: Id hacia adelante. Más aún: actuad de forma que atraigáis hacia vosotros a quienes se han separado de vosotros, estudiad el modo de llamar a vuestro pacto de fraternidad, con honor y con lealtad, a quienes no lo comparten aún. Actuad de forma que aquellos que están aún fuera deseen y merezcan la confianza común y sed entonces generosos en concedérsela. Y vosotros, que tenéis la oportunidad y el honor de sentaros en esta asamblea de la comunidad pacífica, escuchadnos: Haced que esta confianza mutua que os une y os permite llevar a cabo grandes cosas, nunca sea defraudada y traicionada.

A la pluralidad de los Estados, que no pueden ignorarse los unos a los otros por más tiempo, vosotros proponéis una forma de coexistencia extremadamente sencilla y fecunda. He la aquí: en primer lugar, reconocéis y distinguís los unos de los otros. Ciertamente, vosotros no conferís la existencia a los estados, pero calificáis como digna de sentarse en la asamblea ordenada de los pueblos a cada una de las naciones. Vosotros concedéis un reconocimiento de alto valor moral y jurídico a cada comunidad nacional soberana y le garantizáis una honorable ciudadanía internacional. Esto ya constituye un gran servicio a la causa de la humanidad; definir y honrar a los sujetos nacionales de la comunidad mundial les vale el reconocimiento y el respeto de todos, y de donde puede derivar un

sistema ordenado y estable de vida internacional. Vosotros sancionáis el gran principio de que las relaciones entre los pueblos deben regularse por la razón, por la justicia, el derecho y la negociación, y no por la fuerza, ni por la violencia, ni por la guerra, no más que por el miedo y por el engaño.

Así debe ser. Y permitiros que os felicitemos por haber tenido la sabiduría de abrir el acceso a esta asamblea a los pueblos jóvenes, a los Estados que han accedido hace poco a la independencia y a la libertad nacionales. Su presencia aquí es la prueba de la universalidad y de la magnanimidad que inspiran los principios de esta institución.

Así debe ser. Este es nuestro elogio y nuestro deseo, y, como podéis comprobar, Nos no lo atribuimos a fuera: lo atribuimos a dentro, al genio mismo de vuestra institución.

ES IMPOSIBLE SER HERMANO SI NO SE ES HUMILDE

4. La lógica de este deseo, que puede decirse pertenece a la estructura de vuestra organización, nos lleva a completarlo con otras fórmulas. Helas aquí: Que nadie, como miembro de vuestra unión, sea superior a los demás, que ninguno esté por encima del otro. Es la fórmula de la igualdad. Bien sabemos que, además, hay otros factores que considerar, amén de la simple pertenencia a vuestro organismo; pero la igualdad también forma parte de su constitución. No es que seáis iguales, sino que aquí os hacéis iguales. Y tal vez para muchos de vosotros sea éste un acto de gran virtud. Permitidme que os lo digamos Nos, representante de una religión que opera por la salvación con la humildad de su divino Fundador: es imposible ser hermano si no se es humilde, ya que es el orgullo, por muy inevitable que éste pueda parecer, el que provoca las tensiones y las luchas por el prestigio, por el predominio, por el colonialismo, por el egoísmo; es el orgullo el que rompe la fraternidad.

NUNCA UNOS CONTRA OTROS

5. Y aquí es donde nuestro mensaje llega a su punto culminante. Primero, negativamente; es la palabra que esperáis de Nos y que Nos no podemos pronunciar sin estar consciente de su gravedad y de su solemnidad. Nunca unos contra otros jamás, jamás en lo sucesivo. ¿Es que no ha nacido para esta finalidad la Organización de las Naciones Unidas, contra la guerra y en favor de la paz? Oíd las palabras lúcidas de un gran desaparecido, John Kennedy, que proclamaba hace cuatro años: "La humanidad tendrá que poner fin a la guerra, o si no será la guerra la que ponga fin a la humanidad." No hay necesidad de largos discursos para proclamar la finalidad suprema de vuestra institución. Basta recordar que la sangre de millones de hombres, que inauditos e innumerables sufrimientos, inútiles matanzas y espantosas ruinas sancionan el pacto que os une en un juramento que debe cambiar la historia futura del mundo. No más guerra, no más guerra. Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad.

Gracias a vosotros, honor a vosotros, que desde hace veinte años estáis trabajando por la paz y que incluso habéis dado a esta santa causa víctimas ilustres, y gracias y honor a vosotros por los conflictos que habéis evitado y por los que habéis arreglado. Los resultados de vuestros esfuerzos en favor de la paz hasta estos últimos días merecen, aun cuando todavía no sean decisivos, que Nos nos

atrebamos a hacernos intérprete del mundo entero y que en su nombre os felicitemos y demos las gracias.

Habéis cumplido señores, y seguís cumpliendo y llevando a cabo una gran obra; enseñáis a los hombres la paz. La O. N. U. es la gran escuela donde se recibe esta educación, y aquí estamos en el aula magna de esta escuela. Todo el que se sienta aquí se hace alumno y también maestro en el arte de construir la paz. Y cuando salís de esta sala el mundo mira hacia vosotros como hacia los arquitectos, los constructores de la paz.

La paz, bien lo sabéis, no se construye tan sólo mediante la política y el equilibrio de fuerzas e intereses, sino con el espíritu, las ideas, las obras de la paz. Vosotros estáis trabajando en esta gran obra. Pero todavía os encontráis en el comienzo de vuestras tareas. ¿Llegará alguna vez el mundo a cambiar la mentalidad particularista y belicosa que hasta ahora ha tejido tan gran parte de su historia? Difícil es preverlo.

Pero es fácil en cambio afirmar que es menester ponerse resueltamente en camino hacia la nueva historia, la historia pacífica, la que sea verdadera y plenamente humana, la misma que Dios prometió a los hombres de buena voluntad. Sus caminos están trazados ante vosotros: el primero es el del desarme.

Si queréis ser humanos, dejad caer las armas de vuestras manos. No se puede amar con armas ofensivas en las manos. Las armas, sobre todo las terribles armas que la ciencia moderna os ha dado, incluso ante de causar víctimas y ruinas engendran malos sueños, alimentan malos sentimientos, crean pesadillas, desconfianzas, resoluciones sombrías. Exigen enormes gastos, estancan los proyectos de solidaridad y de trabajo útil, falsean la psicología de los pueblos.

GARANTIZAR LA SEGURIDAD SIN RECURRIR A LAS ARMAS

Sin embargo, mientras el hombre sea el ser débil, cambiante e incluso a menudo peligroso, las armas defensivas serán, desgraciadamente, necesarias. Pero a vosotros, vuestro valor y entereza os impulsa a estudiar los medios de garantizar la seguridad de la vida internacional sin recurrir a las armas: he ahí un fin digno de vuestros esfuerzos. He ahí lo que esperan los pueblos de vosotros. He ahí lo que es preciso lograr, y para ello es menester que se incremente la confianza unánime en esta institución, que crezca su autoridad y, entonces, se pueda esperar que se logre este objetivo. En ello os granjearéis el reconocimiento de los pueblos, aliviados de los abrumadores gastos de los armamentos y libres ya de la pesadilla de la guerra siempre inminente.

Nos sabemos ---¿y cómo no nos hemos de alegrar de ello?--- que muchos de vosotros habéis considerado favorablemente la invitación que Nos hemos lanzado por la causa de la paz, desde Bombay, a todos los Estados, en diciembre pasado: Dedicar en beneficio de los países en vías de desarrollo al menos una parte de las economías que pueden hacerse mediante la reducción de los armamentos. Aquí Nos renovamos esta invitación, con la confianza que nos inspiran vuestros sentimientos de humanidad y generosidad.

6. Hablar de humanidad, de generosidad, es hacer eco a otro principio constitutivo de las Naciones Unidas, su cima positiva: aquí no se obra sólo para conjugar los conflictos entre los Estados, sino también para hacer a los Estados capaces

de laborar unidos en favor de los otros. Vosotros no os contentáis con facilitar la coexistencia entre las naciones; estáis dando un paso mucho mayor hacia adelante, digno de nuestro elogio y apoyo; estáis organizando la colaboración fraterna de los pueblos. Aquí se instaura un sistema de solidaridad que hace que altas finalidades en el orden de la civilización reciban el apoyo unánime y ordenado de toda la familia de los pueblos para el bien de todos y cada uno. Es lo más hermoso que hay en la Organización de las Naciones Unidas y es su faceta humana más auténtica; es el ideal con que sueña la humanidad en su peregrinar a través del tiempo; es la mayor esperanza del mundo, Nos atrevemos a afirmar; es el reflejo del designio de Dios ---designio trascendente y lleno de amor--- para el progreso de la sociedad humana en la tierra, reflejo donde vemos el mensaje evangélico celestial de hacerse terreno. Aquí, en efecto, nos parece escuchar el eco de la voz de nuestros prodecesores, y en particular del Papa Juan XXIII, cuyo mensaje en "Pacem in terris" ha encontrado entre vosotros una resonancia tan honrosa y significativa.

NADIE PUEDE ATENTAR CONTRA LA VIDA HUMANA

Lo que vosotros proclamáis aquí son los derechos y los deberes fundamentales del hombre, su dignidad, su libertad y, ante todo, la libertad religiosa. Nos reconocemos que sois los intérpretes de lo que de más elevado existe en la sabiduría humana, casi diríamos: su carácter sagrado, ya que, ante todo, se trata de la vida del hombre y la vida del hombre es sagrada: nadie puede atentarse contra ella. En vuestra asamblea, incluso en lo que concierne al problema de la natalidad, es donde el respeto a la vida debe encontrar su más alta profesión y su más razonable defensa. Vuestra tarea es actuar de tal suerte que el pan sea lo suficientemente abundante en la mesa de la humanidad y no el favorecer un control artificial de los nacimientos, que sería irracional, con vistas a disminuir el número de comensales en el banquete de la vida.

Pero no basta con alimentar a los que sufren hambre. Es menester, además, asegurar a cada hombre una vida conforme a su dignidad. Y es esto lo que vosotros tratáis de hacer. ¿No es, acaso a nuestra manera de ver, el cumplimiento ---gracias a vosotros--- del anuncio profético que tan bien se aplica a vuestra institución: "Fundirán sus espadas para hacer de ellas arados y sus lanzas para hacer hoces" (Isaías, 2, 4)? ¿No utilizáis las prodigiosas energías de la tierra y los magníficos inventos de la ciencia no ya en instrumentos de muerte, sino en instrumentos de vida para la nueva era de la humanidad?

Bien sabemos Nos con cuanta intensidad y creciente eficacia trabajan la Organización de las Naciones Unidas y los organismos mundiales que de ella dependen para ayudar a los Gobiernos que lo necesitan a acelerar su progreso económico y social.

Sabemos también con cuanto ardor os dedicáis a vencer el analfabetismo y a expandir la cultura por el mundo, a proporcionar a los hombres una asistencia sanitaria apropiada y moderna, a poner al servicio del hombre los maravillosos recursos de la ciencia, de la técnica, de la organización: todo ello es magnífico y merece el elogio y el apoyo de todos, incluido el nuestro.

Nos quisiéramos también dar ejemplo, aun cuando la pequeñez de nuestros mecaos impide apreciar su alcance práctico y cuantitativo: Nos queremos dar a nuestras instituciones caritativas un nuevo desarrollo contra el hambre del mundo y en favor de sus principales necesidades: de esta forma, y no de otra, es como se construye la paz.

7. Una palabra más señores, una última palabra: Este edificio que vosotros construís no se cimenta en bases puramente materiales y terrenas, ya que entonces sería un edificio construido sobre la arena; sino que, ante todo, descansa en nuestras conciencias. Si; ha llegado el momento de la "conversión", de la transformación personal, de la renovación interior. Hemos de habituarnos a pensar e imaginar al hombre de una manera nueva, y de una manera nueva también la vida en común de los humanos.

Y, finalmente, de una manera nueva los caminos de la historia y los destinos del mundo, según las palabras de San Pablo: "Revestir al hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y la santidad de la verdad" (Efesios, 4,23). He aquí llegada la hora en que se impone un alto, un momento de recogimiento, de reflexión, casi de oración: volver a pensar en nuestro común origen, en nuestra historia, en nuestro día, en una época señalada por tal progreso humano, se ha hecho tan necesario el llamamiento a la conciencia moral del hombre, ya que el peligro no viene ni del progreso ni de la ciencia, que bien utilizados podrán, por el contrario, resolver muchísimos graves problemas que asaltan a la humanidad. El peligro verdadero estriba en el hombre, que dispone de instrumentos cada vez más poderosos, aptos tanto para la ruina como para las más elevadas conquistas.

En una palabra, el edificio de la civilización moderna debe construirse sobre principios espirituales, los únicos capaces no sólo de sostenerlo, sino también de iluminarlo y darle vida. Y estos indispensables principios de sabiduría superior no pueden estribar ---tal es nuestra convicción, ya lo sabéis--- más que en la fe en Dios. ¿El Dios desconocido de que hablaba San Pablo a los atenienses en el Areópago? ¿Desconocido de aquellos que, sin embargo, a no dudarlo, le buscaban y le tenían cerca de sí, cual ocurre a tantos hombres de nuestro siglo...? Para Nos, en todo caso, así como para cuantos aceptan la inefable revelación que Cristo nos hizo de El, es el Dios vivo, el Padre de todos los hombres.

OBRA NUEVA

Enseñanza de la Religión y Dirección Espiritual en los Centros de Grado Medio

Prólogo de Mons. MIGUEL MOSTAZA

Ed. de REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"

Ptas. 80